

## Capítulo 1

Aún recuerdo aquel día, el día en que todo cambió. A penas días atrás cumplía yo cinco años al servicio de las fuerzas armadas. Ese frío y lluvioso 27 de agosto, mis compañeros y compañeras de la marina armada estábamos en medio de un peligroso operativo, yo iba como líder. Entramos a una pequeña cabaña en medio de la sierra, me puse de espaldas a la pared y volteé sigilosamente, ahí estaba a quien buscábamos, Crescencio del Llano, un famoso narcotraficante. Di la orden a mis compañeros y en seguida abrimos fuego, pero algunos sicarios resistían también contra nosotros, algunos de mis compañeros cayeron en aquel operativo, pero estoy segura de haber abatido a Crescencio del Llano. De operativo íbamos veinte y de esos sólo quedábamos cuatro

–Retirémonos, corran –di la orden

Salimos en seguida, pero afuera nos esperaban más sicarios, dos balas de alto calibre me dieron en el abdomen pero no pasaron el blindaje, sólo me hicieron caer. Mi mejor amiga regresó por mí

– ¡Huye Amanda! no pasa nada –advertí

Cuando me había levantado volví a caer, un frío me recorrió todo el cuerpo en un segundo, dejé de sentir mis extremidades, la consciencia se me fue, sólo recuerdo la borrosa imagen de Amanda regresando por mí.

Cuando desperté estaba en la enfermería del batallón, abrí los ojos con bastante esfuerzo, un dolor horrible me invadía la pierna derecha y sentía mi cabeza estallar como si tuviese una resaca, a mi lado estaba Amanda y otro joven marino

–Al fin despiertas, han pasado veinte años desde aquel accidente en el que quedaste en coma –Dijo el muchacho

– ¿qué? –Dije alterada

–Sólo han pasado siete horas, estarás bien –dijo Amanda

– ¿Dónde está la enfermera? ¿Por qué me duele tanto? ¿Me amputarán?

–Sólo hay una enfermera en el batallón, con las inundaciones todas se han ido a apoyar a las comunidades afectadas, ella vendrá pronto, pero me pidió que no te dejara ver tu pierna –  
Dijo el Joven

Antes que nadie dijera nada levanté la sábana, miré mi pierna prácticamente destrozada, ahí fue cuando me volví a desmayar. Recobré la conciencia en poco tiempo y cuando desperté ahí estaba la enfermera

–Me amputarán la pierna ¿Verdad? –pregunté lamentosamente

–No lo creo, afortunadamente volverás a caminar muy pronto, tu hueso no se rompió y no se dislocó... totalmente. Te dispararon más de cuatro veces en una pierna, la herida tardará en cerrar y es posible que no vuelva a ser lo mismo de antes

– ¿A qué se refiere?

–Caminarás coja toda tu vida –se adelantó a responder Amanda

–No, no. Solamente quedará un poquito “deforme” –dijo la enfermera corrigiendo a Amanda  
Quedé pensativa mirando al techo, la enfermera se retiró, sólo quedamos Amanda y yo

– ¿Quién era el muchacho que estaba aquí?

–Oh, Alan. Te ha traído hasta aquí, es agradable ¿Verdad?

–Sí, me pareció

Mi amiga y yo nos quedamos charlando amenaemente, al menos me hacía sentir mejor oír sus tonterías y reír como un par de locas.

Tres meses después...

Por fin me puse de pie otra vez, Amanda me ayudó a levantarme de la silla, di un par de pasos y me sentí libre otra vez, en ese momento llegaba el Teniente, me miró satisfecho

– ¿Entonces ya puedo volver a desempeñar mis funciones de cadete? –Pregunté

–Me temo que no, ya nunca más

Ahí comprendí que me habían despedido, el viejo me llamó a su oficina para hacerme firmar un documento y hablar sobre la pensión y otras cosas.

Aquella misma tarde empaqué mis cosas, tomé un par de uniformes, mi cuaderno de apuntes, y mis objetos personales, los guardé en la misma valija que los traje cuando llegué

siendo aún una mocosa de dieciocho años, en otra maleta que mis compañeras arreglaron por mí, llevé mi sable, mis sábanas, mi almohada con una enorme flor amarilla en el centro, una caja de cartuchos calibre .357 magnum, cinco cartuchos más de plata que atesoro muchísimo y mi par de pistolas. Aquella era una tarde de noviembre, en todo el día no salió el sol, el frío hacía que la lámina que tengo bajo la rodilla me calara de forma espantosa, aún así seguí adelante llevando mi morral, Amanda me ayudaba con la maleta, al fin llegamos hasta el estacionamiento, subí mis cosas en la cajuela del *Ford: Crown Victoria*, mi primer auto, después saqué las llaves y me presté a entrar, pero antes me despedí de Amanda, nos abrazamos por un tiempo prolongado

–Prometo que te iré a visitar en mis próximas vacaciones –murmuró ella

–Eso será genial

Interrumpimos aquel abrazo y yo encendí el auto, arranqué aún sin quererme ir, mi amiga se estuvo ahí hasta que perdió de vista el coche, una lágrima brotó de mis ojos pero la sequé y seguí el camino, aunque no sabía ciertamente a dónde iba, me separaban alrededor de 900 KM de la casa donde crecí, pero sería todo un reto contarle a mi madre lo sucedido, aunque sé bien que me entenderá, es justo lo contrario de lo que era mi Padre, él nunca estuvo de acuerdo en que yo fuera una heroína *Marine*, decía que esas cosas eran de hombre... qué bueno que murió hace tiempo. A propósito de mi padre, gran parte del viaje estuve pensando en él, no tengo buenos recuerdos suyos, siempre me evadía, puedo asegurar que nunca me quiso, siempre me pedía no llamarle papá, simplemente por su nombre: Luis. Para dejar de pensar cosas negativas, sin más encendí el radio, sonaba música de los 80's mi música favorita, subí el volumen y seguí conduciendo hasta que el sol comenzaba a caer, detuve el auto a la orilla de la carretera junto a un hostel, por fuera me pareció deprimente, pero necesitaba un lugar donde pasar la noche. Entré al Hostal, en la recepción había una señora de edad avanzada

– ¿En qué le puedo ayudar? –Preguntó muy amable

–Necesito una habitación sencilla, sólo por esta noche

Pagué el importe que me pareció una bajísima cantidad, la viejecita me otorgó una llave de estilo antigua con una pata de conejo como llavero. Me dirigí hasta la habitación número cuatro y abrí la puerta, adentro había una camita pequeña, un buró de cedro con una lámpara de petróleo encima y un radiecillo de pilas. Puse mis maletas sobre el suelo, saqué el dinero y lo metí bajo la almohada, también mi Desert Eagle, la cargué y subí el tiro,

después la puse sobre el buró, aquel ambiente deprimente me causaba inseguridad, sentía que en cualquier momento vendría alguien con una guadaña e intentaría cortarme en trozos ¡vaya que tengo imaginación!, me acosté temprano, tiempo después me quedé dormida. Entre la noche me levanté para ir al baño, mientras me lavaba las manos noté que el agua salía de un color rojizo y con un olor extraño, ahora sí, no era mi imaginación, en mi interior algo me advertía que las cosas no andaban bien, aquel hormigueo en las palmas de las manos y el vacío en el estómago provocados por la intuición nunca me fallan; aún intranquila volví a la cama y traté dormir.

A la mañana siguiente me desperté en aquel cuarto, de repente comencé a escuchar ruidos como si un perro o animal grande arañase la pared, provenía del cuarto contiguo, me levanté de la cama para averiguar que era, después comenzó a oírse un ruido como un llanto apagado, yo había oído eso antes, era alguien amordazado queriendo gritar; tomé la pistola y la empuñé decidida, coloqué la segunda pistola en mi cinturón y abrí la puerta del cuarto muy sigilosamente, sin hacer el mínimo ruido. Con la espalda pegada a la pared recorrí unos pasos hasta la puerta del cuarto contiguo, quise mirar por una abertura pero me era imposible, aguardé y los horribles sonidos siguieron, rasguños, gritos silenciosos, pedí a Dios que eso que pasaba adentro no fuera lo que pensaba que sería, pues yo pensaba lo peor... Y por desgracia lo constaté después de unos segundos, cuando un grito de auxilio sonó desde adentro. Me preparé para disparar y derribé la puerta. La escena que vi no puedo describirla con las palabras, era una masacre tremenda de niños; adentro había dos hombres y la anciana; disparé a la anciana justo en medio de la frente y a otro hombre en la nuca, el tercero me tiró un cuchillo de carnicería que esquivé, y después huyó por la ventana. No hice por seguirlo, más bien me apresuré a ayudar a los niños, desaté a dos pequeños consternados de pánico, los abracé para hacerles sentir seguros pero atravesaban por una crisis, yo casi estaba igual. A mi alrededor los lóbregos muros de madera estaban bañados en sangre, sobre la mesa yacía una criatura boca abajo con la espalda abierta y en una hielera estaban sus riñones, pude notar que aún estaba vivo y agonizando, con el peor dolor de mi alma volví a cargar el arma, apunté, me volteé hacia otro lado y después disparé acertando su agonía.

Tenía yo abrazando fuertemente a esos pequeños, yo lloraba con un horror que en mi carrera de cadete jamás sentí, yo estaba entrenada para no ser sensible a nada, pero esta escena no era cosa de este mundo, ni siquiera del más bajo de los infiernos, era lo que le seguía. Saqué mis más grandes fuerzas y tomé a ambos niños para sacarlos de ahí, los subí a mi auto, al mayor que era como de unos ocho años, le encomendé una pistola

–Sí regresa el hombre dispárale –le dije

Volví por mi equipaje, volví en menos de un minuto, subí mis cosas y arranqué el auto, conduje por un leve tiempo, sólo para alejarme de ahí, después me salí del camino y detuve el auto, tomé el móvil y llamé a Amanda

–Mujer, no me hagas preguntas, sólo quiero que me oigas. Estoy a unos doscientos kilómetros de la base, cerca de un Hostal, aquí acabo de ver lo más horroroso, una masacre

–Conté llorando

–Cálmate Giselle, cuéntame

–Traficantes de órganos, haz el reporte y que envíen elementos de inmediato

–Sí, ahora mismo informo al Teniente. Pero trata de relajarte

–Sí, adiós

Me senté en el asiento del conductor y me recargué sobre el volante, de reojo miré a los niños, el mayor me entregó mi arma y yo la guardé en la guantera

– ¿Tienen hambre? –pregunté

Ambos respondieron afirmativamente moviendo la cabeza, de mi maleta saqué un envoltorio con sándwiches que Amanda había preparado para mí, los niños parecían no haber comido en mucho tiempo pues devoraron con ansias. Poco tiempo después comencé a oír el ruido de un helicóptero, era por suerte un helicóptero de la marina

–Sujétense –advertí y encendí el auto

Conduje lo más rápido que pude para llegar al hostal, ahí estaban ya varios elementos armados, ya habían entrado al inmueble y encontrado la masacre, en aquel momento Alan (Quien me llevó a la enfermería) se acercó a mí

–Giselle, no puedes estar aquí

–Pero...

En aquel momento salió un camión de carga, era el mismo hombre que había huido, los cadetes comenzaron a disparar y lograron poncharle las llantas, el hombre volcó el camión por la velocidad que llevaba, fue ahí cuando se abrió la portezuela del camión y salieron

volando veintenas de hieleras... No quiero describir todo lo que vi, en ese momento vomité hasta la bilis.

El camión seguía volcado y los órganos seguían esparcidos por el terregoso suelo, el traficante salió ileso, algunos compañeros fueron y le detuvieron

–Eres una desgracia, casi diez millones de dólares iban invertidos ahí –me dijo aquel fantoche

Me volví hacia él, mientras lo tenían sujeto aproveché para darle la patada más fuerte que jamás le había dado a alguien, ahora irá a prisión con una suela *track* marcada en medio de la cara. Después de horas se hizo toda una investigación, los niños que pude rescatar dieron datos de haber sido robados de una comunidad rural. Al fin era casi de noche otra vez cuando arranqué el auto nuevamente y me dirigí a casa, no me dieron ánimos de volver a comer en varios días.

## Capítulo 2

Era ya mi tercer día de viaje cuando por fin llegué a mi ciudad natal, me detuve a tomar una bebida energética mientras llenaba el tanque de gasolina, ahora el último tramo sería para llegar a casa.

Conduje por el apretado tráfico, al fin encontré la calle y di con la casa, al llegar llamé a la puerta, mamá atendió y al verme se sorprendió bastante

– ¡Giselle! ¡Qué gusto! ¿Pero qué Haces por acá? –dijo mamá sorprendida

Mamá me abrazó con tanta fuerza como si quisiera romperme la columna vertebral

–Déjame pasar y te contaré todo –dije zafándome de sus grotescas muestras de afecto

–Por supuesto, entra, creí que vendrías sino hasta el mes próximo

–Veo que no estás al tanto de lo que ha pasado

– ¿qué? ¿Por qué caminas así?

–Tuve un accidente hace unos meses, pero nada de qué preocuparse, estoy bien físicamente, aunque mentalmente tengo que encontrar la paz

– ¿Qué te pasa? te noto extraña

Mamá y yo nos sentamos en el sofá, le conté largo y tendido mi desdicha, desde el accidente hasta lo que me tocó presenciar hace días. Ella me oyó atenta hasta que el teléfono sonó, fue a contestar el aparato con toda calma mientras yo me quedaba esperando.

Los minutos de soledad en aquella sala me hicieron sentir mejor, los muros blancos, plantas de ornato pequeñas en cada esquina y en la pared frontal, junto al comedor había una fotografía mía con uniforme y un águila en el brazo con la bandera de fondo. Me sentí orgullosa, a demás estaba en casa con mamá, no tardaba en llegar de la escuela Jafet, mi hermano menor, ahí si mi felicidad estaría completa. Mamá volvió en seguida

–Era tu tío Heriberto –Me informó

– ¿Qué quiere ahora? ¿Seguirse enriqueciendo vendiendo propiedades que pertenecen a la familia? ¿Ahora va a quitarnos la casa?

–No, me ha dicho que ha puesto en venta la casa de Mitla, la está rematando... Me la ha ofrecido en sólo veinte mil pesos

–Es una locura, una casa de esa antigüedad debería valer una fortuna

–Lo sé, mi economía no se presta, si no ya la hubiera comprado

–Viejo de mierda, la compraré yo –Dije decidida

–Pero ¿Para qué quieres tú una casa? ¿Y en un lugar tan horrible como Mitla?

–Tal vez ahí encuentre la calma que necesito en mi vida, después de un tiempo la venderé hasta por el triple

–Me da un poco de angustia imaginarte ahí sola, la gente tiene fama de ser muy mala

Las insistencias de mi madre no me hicieron cambiar de opinión, tomé una decisión que me pareció genial, me apresuré al teléfono y abriendo el directorio marqué el número del tío Heriberto

– ¿La comprarás? –se oyó del otro lado justo al levantar el auricular

–Habla Giselle, La compraré yo –dije

El viejo idiota se echó a reír mientras yo sostenía con paciencia el teléfono. Al fin cesó su risa

–Mañana mismo voy a casa de tu madre y firmaremos los papeles

–Esperaré

–Esperaré yo que tengas el dinero en efectivo

–No lo dudes, tengo eso y mucho más –colgué de golpe el teléfono

Saqué de mi maleta un paño negro con varios fajos de billetes grandes envueltos

–Mis ahorros de toda la vida –dije satisfecha

Conté hasta ajustar el dinero que valía la propiedad y guardé el resto. En seguida volví a la sala, ahí estaba Jafet, él me miró con asombro

–Hermanita –gritó emocionado

Nos abrazamos y después de un rato me guió a su habitación para mostrarme sus proyectos de química y sus calificaciones de lo que va del año. Su habitación había sido mi habitación cuando vivía aquí, miré con nostalgia recordando que los muros habían sido pintados y habían cubierto mis dibujos, ya no estaban mis pósters de Nirvana; estaba claro, ya no estaba mi esencia en esa casa, ni siquiera en esa habitación que había sido el mejor lugar de mi juventud, lugar donde por tanto tiempo pude reír, llorar, filosofar y amar en secreto. Jafet colocó en la mesa un frasco con un líquido incoloro

– Es ácido –dijo él

Por un momento miré con repulsión al chiquillo inquieto, en realidad él era un tonto con delirios de científico loco, pude constatar que eso era alcohol con carbonato y un poco de ácido muriático. Yo si soy una experta de la química, antes de ser infante de marina estudié unos semestres farmacobiología y anteriormente medicina general, por eso es que en ocasiones me dicen “Doctora”. Jafet notó que no le presté mucha atención y dejó de mostrarme sus “experimentos”.

Salí de la habitación y fui con mamá, ella reposaba en la sala bebiendo una taza de té

Me senté a hacerle compañía, pasamos el día completo charlando de todo un poco, perdimos la noción del tiempo, el día se fue muy rápido, cuando comenzaba a oscurecer decidí ir a descansar

–Sé que es temprano, pero necesito dormir, dormiré en el auto –anuncié



–Espera, puedes quedarte en la sala si quieres. Es que afuera hace mucho frío –trató de detenerme

–Descuida, sólo dame unas cobijas

Mamá se retiró y regresó con un grueso cobertor que tomé con agrado, en seguida tomé mis llaves y salí, entré en el auto, me envolví en el cobertor y me presté a dormir.

A la mañana siguiente desperté y oí la voz ladina de aquel viejo decrepito, no pude ver pues los vidrios del auto estaban bastante empañados, pero no había duda, el tío Heriberto estaba ahí. Abrí la puerta del coche, caminé hasta la casa, llamé una sola vez y abrió mamá. Adentro estaba el tío Heriberto y un tipo de traje

–Giselle ¡Oh, la flor más frágil y pequeña que trata de lucir fuerte e imponente como un roble! –Dijo el viejo lacra sarcásticamente aludiendo a mis ropas y mi oficio

Me imaginé estrangulándolo tan fuerte que se pusiera morado y sus globos oculares salieran de sus orbitas, pero me limité a decir poco

–Una flor frágil que produce su propio sustento... No un hongo que vive de lo que producen otros –Respondí sin alterarme

El tío Heriberto resintió la indirecta, carraspeó y siguió

–A lo que veníamos, el señor licenciado –dijo señalando al presente-. Tiene ya listos los papeles, sólo falta que los firmes y que me pagues

Saqué el dinero y se lo puse con fuerza sobre la mano, firmé en cuestión de segundos, el licenciado miró los papeles y me entregó una carpeta. Sin decir más, se fueron el tío Heriberto y su licenciado igual de corrupto y lacra pero en versión guapo, yo miré una y otra vez los documentos que me entregaron, mientras tanto mamá los encaminaba hacia la puerta. Mamá regresó y me miró indiferente

– ¿Y ahora que harás Giselle Cospell?

–Ir a Mitla –dije aún extrañada.

En realidad me causó controversia que mi madre me llamara Cospell, ese es mi segundo nombre, en realidad no quiere decir nada, pero mi madre a fuerzas quería llamarme así.

Mi madre asintió a mi decisión de ir a Mitla, pero me advirtió que tuviera mucho cuidado. Sin más, fui de nuevo al auto; estaba yo muy emocionada aunque no lo expresé ante mamá, sin antes despedirme de mi hermano y casi ni siquiera de mi madre entré en mi hermoso Ford, puse la música muy alto y aceleré a fondo.

Conduje por la casi intransitada carretera llena de altos pastizales a las orillas, pasaron algunas horas. Iba tranquilamente, de pronto caí en un bache y una de las llantas se ponchó, bajé del auto, lancé al aire una blasfemia y después abrí la cajuela, saqué una cruceta, el gato hidráulico, la llanta de repuesto y me presté a cambiarla, esta tarea me tomó más tiempo del que pensé pero al fin casi terminaba, satisfecha me limpié el sudor de la frente. Acercándose venía un convertible color rosa con música, el Daytona Spider se detuvo momentáneamente, a los costados tenía dos banderitas arco iris, ahí noté que venía cargado de gays y lesbianas, de pronto me llovieron los silbidos y elogios admirando mi andrógina sensualidad, no me indigné pero ahí comprendí que me hacía falta cambiar mi aspecto y hacerme de otras ropas más femeninas, pero de más urgencia era darme un baño.

Casi al anochecer encontré el rústico letrero “Bienvenidos a Mitla” inscrito en un arco de madera a la entrada. Hace años que no visitaba este lugar ni en mis más recónditos pensamientos, es un lugar de estilo antiguo, las casas datan desde los tiempos de la colonia, me limitaré a describirlo como tétrico pero muy hermoso, entré y fui despacio por las estrechas calles empedradas, a las orillas del camino miré las cabañas de madera que acostumbraba la gente, más al fondo comenzaban a verse las casas de “los ricos”, góticas casonas de adobe, esplendorosas por tener dos pisos, decorados balcones y un enorme portón principal de madera, la mayoría de las casas estaban deshabitadas. Seguí mi camino y doblé a la derecha, donde está un bar de mala muerte, en seguida la casa de Doña Chabela, una señora de más de cien años, ella es descendiente de brujas y siempre me causó miedo y curiosidad a la vez. En seguida pasé por el templo que era una magna construcción de cantera de estilo barroco, con dos torres y un enorme vitral circular al frente, seguí conduciendo derecho y pasé por la enorme hacienda de cuya leyenda aún me aterra, en seguida llegué a una plazuela donde me detuve a comprar algunas cosas y reposar un rato; en este lugar habían bancas de madera, dos tiendas e incontable número de borrachines tendidos en las bancas, cuando terminé de hacer mis compras subí las bolsas en el auto y antes de que alcanzara a subir de nuevo, muy junto de mí pasó un hombre cabalgando a toda velocidad, poco después otro hombre siguiéndole y sosteniendo un hacha, se perdieron algunas cuerdas después, en minutos se oyó un estremecedor grito, por supuesto que no quise quedarme a investigar qué fue lo que pasó, abordé y seguí conduciendo; al fin llegué cerca de un riachuelo, en la orilla estaba una casa más o menos amplia, de ladrillo muy

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

